Capítulo 3. La Luna a través de la historia

“Mucho antes de que existieran los calendarios, las brújulas o los relojes, el cielo ya contaba historias. Y entre todas las luces que lo habitaban, había una que cambiaba cada noche, despertando la curiosidad de quienes alzaban la vista en busca de respuestas.” La Luna ha sido una de las grandes compañeras de la humanidad. Antes incluso de comprender qué era realmente, nuestros antepasados ya observaban su movimiento con admiración. Su aparición marcaba el paso del tiempo, guiaba los viajes nocturnos y servía como referencia para sembrar, cosechar o celebrar festividades. No importaba el lugar del mundo. Civilizaciones separadas por océanos y miles de kilómetros compartían una misma costumbre: mirar al cielo. La Luna no pertenecía a un pueblo concreto. Era patrimonio de toda la humanidad.

—— El primer calendario del ser humano. Mucho antes de dividir el año en meses y semanas, las personas ya habían descubierto que la Luna seguía un ritmo constante. Observaron que aproximadamente cada veintinueve días volvía a mostrarse completamente oscura para comenzar de nuevo su recorrido. Aquella repetición permitió organizar la vida cotidiana. Se sabía cuándo sembrar. Cuándo esperar determinadas mareas. Cuándo celebrar reuniones. Cuándo comenzar un nuevo ciclo. De hecho, la palabra “mes” proviene precisamente de ese antiguo vínculo con la Luna. Muchas culturas utilizaron calendarios lunares durante siglos, y algunas todavía los conservan en la actualidad para marcar celebraciones religiosas y tradicionales. La Luna fue, en cierto modo, el primer reloj que nunca necesitó ser construido.

—— La Luna en el Antiguo Egipto. Para los antiguos egipcios, el cielo era un reflejo del orden del universo. La Luna estaba asociada a diferentes divinidades, entre ellas Jonsu (Khonsu), considerado el dios de la Luna, del tiempo y de los viajes nocturnos. Su nombre significa “el viajero”, porque cada noche parecía recorrer el cielo acompañando a quienes dormían bajo las estrellas. Los egipcios observaban atentamente sus ciclos para organizar festividades y parte de su calendario. La Luna simbolizaba renovación. Cada vez que desaparecía parecía morir. Cada vez que reaparecía demostraba que todo podía renacer. Era un recordatorio de que la vida siempre encuentra una forma de comenzar de nuevo.

—— Grecia y Roma. En la antigua Grecia la Luna adquirió un profundo significado mitológico. No existía una única diosa lunar, sino distintas representaciones que expresaban diferentes aspectos de su naturaleza. Selene era la personificación de la Luna llena, recorriendo el firmamento en un carro de plata. Artemisa, diosa de la naturaleza y de los bosques, también quedó profundamente vinculada a la Luna por su relación con los ciclos naturales y la protección de la vida salvaje. Más tarde, los romanos identificaron a Artemisa con Diana, cuya imagen continúa siendo uno de los símbolos más conocidos de la feminidad, la independencia y la conexión con la naturaleza. Aunque hoy las entendemos como figuras mitológicas, aquellas historias ayudaban a explicar el mundo antes de que existieran los conocimientos astronómicos actuales.

—— Los pueblos celtas. Para los pueblos celtas, la naturaleza era un templo. Los bosques, los ríos y las montañas formaban parte de una misma red viva en la que todo estaba conectado. La Luna ocupaba un lugar importante porque representaba el cambio constante. Los druidas observaban el cielo para organizar celebraciones relacionadas con las estaciones y los ciclos agrícolas. Muchas de las festividades que hoy conocemos, como Samhain, Beltane o Imbolc, estaban profundamente ligadas a la observación de los ritmos naturales, aunque también seguían el recorrido anual del Sol. La Luna acompañaba esos cambios recordando que toda transformación necesita su tiempo.

—— La Luna en Asia. En diferentes culturas asiáticas, la Luna ha simbolizado durante siglos la armonía, la familia y la contemplación. En China se celebra desde hace más de mil años el Festival del Medio Otoño, una festividad dedicada a contemplar la Luna llena, compartir alimentos

tradicionales y agradecer la abundancia recibida. En Japón existe la tradición del Tsukimi, que significa literalmente “contemplar la Luna”. No se trata de pedir nada. No se trata de realizar rituales. Simplemente consiste en detenerse y admirar su belleza. Quizá sea una de las enseñanzas más sencillas y profundas que podemos rescatar. A veces contemplar ya es suficiente.

—— Los pueblos indígenas. En numerosas culturas indígenas de América del Norte, cada Luna llena recibía un nombre relacionado con aquello que sucedía en la naturaleza durante ese periodo del año. Así nacieron nombres como: • Luna del Lobo. • Luna de Nieve. • Luna Rosa. • Luna de Fresa. • Luna del Esturión. • Luna del Cazador. Estos nombres no describían el color de la Luna. Describían la vida que florecía bajo ella. Era una forma de recordar que el ser humano forma parte de la naturaleza y no vive separado de ella.

—— Un mismo cielo para todos. Resulta fascinante comprobar cómo culturas que jamás llegaron a conocerse desarrollaron una profunda admiración por la Luna. Cada una creó sus propios relatos. Sus dioses. Sus leyendas. Sus celebraciones. Pero todas coincidían en algo. La Luna era mucho más que un objeto suspendido en el cielo. Era un símbolo del paso del tiempo. De la transformación. De la esperanza. Y del eterno regreso de la luz después de la oscuridad.

—— Reflexión. Quizá nunca sepamos quién fue la primera persona que decidió levantar la vista para contemplar la Luna. Pero sí sabemos que, desde entonces, millones de personas han repetido ese mismo gesto. Reyes y campesinos. Niños y ancianos. Exploradores, poetas y científicos. Todos observaron la misma Luna. La que tú contemplas esta noche. Y tal vez esa sea una de las cosas más hermosas que existen. Porque, aunque cambien los siglos y las civilizaciones desaparezcan, seguimos compartiendo el mismo cielo. Y la Luna continúa recordándonos, noche tras noche, que la vida siempre avanza en ciclos.